

L' éternité

ANNABEL MIGUELENA

A Irene y a mí nos encantaba la plaza, porque no sólo nos entreteníamos alimentando a las palomas (es impresionante que hoy día las palomas nacen con la habilidad de esfumarse más rápido que un parpadeo, y ya no puede uno agarrarlas como antes, ni siquiera para darles una lección por haberse cagado en ti) sino que además, nos dábamos gusto bebiendo café en el *Expreso Gourmet* de la esquina. Un día lo tomaba negro, otro, un delicioso latte, otro, un frappé con trocitos de galletas y así, hasta no dejar ningún sabor por fuera. ¡Y vaya que se vendían de todos los tipos! Pero Irene no. Ella no salía de su clásico café con leche de soya (Don Pepe no vendía nada con leche de soya, pero a Irene la complacía con lo que fuese). Solía ser fiel a sus gustos y cuando esa mujer se entusiasmaba con un sabor en particular, no había quien le hiciera probar otra cosa. Era algo especial con sus mañas. Mezclaba plátanos maduros con limón, coco, tomate y zapallo. Otros días, preparaba ensaladas de hojas de mango con cáscaras de aguacate licuadas y miel de caña caliente. Algo extraño, pero aunque no lo parezca ¡una delicia! Irene era de las que creía que hacer inventos en la cocina era genial. No había por qué seguir las clásicas recetas, si uno mismo podía crear las propias. Eso sí. Por nada del mundo se metería ni en broma un pedazo de carne. Jura que siendo vegetariana va a lograr vencer poco a poco ese pánico abrumador que la trastorna día a día. Cree que los animales registran el temor que experimentan cuando se les va a matar y esa misma adrenalina lesiva, es absorbida por el cuerpo emocional del ser humano que la consume. Y no sólo eso. Según Irene, el comer carne nubla el intelecto, es ser cómplice de un asesinato y otro montón de explicaciones que siempre me

dice, que aún no acabo de comprender del todo.

Los sábados, solíamos ir al museo a ver algunas pinturas. Yo prefería algo obvio, para no complicarme tanto y ella en cambio, adoraba lo surrealista. Y eso no sólo era con las pinturas. Siempre supe que Irene tenía cierta tendencia a distorsionar la realidad. Tal vez eso le pasa por su obsesión con la literatura. Es una acérrima de los cuentos, en especial, los de Cortázar. Uno puede leer el mismo cuento dos o tres veces, pero no mil días, de los trescientos sesenta y cinco que tiene el año. Me consta que lo hace. Todas las tardes que vamos al *Expreso Gourmet*, lleva consigo sus dos páginas arrugadas y casi ilegibles con su cuento predilecto "Casa tomada". Dice que ahí lleva escrita su biografía; que ella es la verdadera Irene de Cortázar que una vez le tomaron la casa y que después de eso, no ha podido descansar en paz por esa idea de que por ahí le tomarán otras cosas.

¡Válgame Dios! He tenido por años que ser testigo del incremento desmedido de su fobia. Quizá por eso he aprendido a comprenderla y aunque en algunas ocasiones se comporta algo extraña, no veo motivo para tacharla de demente. Digo, Irene tiene sus cosas, pero loca loca, no está. O al menos eso es lo que he percibido.

Algunos domingos dormía en su casa (Nunca tuvimos nada, por supuesto). Irene era como una hermana para mí. Simplemente la acompañaba para que no se quedara sola con tantos intrusos y ladrones que seguramente rondaban por su mansión. La verdad, no sé por qué no optó por una casa más pequeña y menos antigua. Pero ¡qué se le va a hacer! Esa era Irene. Acostumbrada a vivir entre mil habitaciones, aunque tenga luego que limpiarlas todas ella sola.

Sólo hubo un día en que no llegó al *Expreso Gourmet*. ¡Fue tan extraño! La esperé por horas, hasta que el mismo don Pepe me hizo ademán de querer cerrar su negocio.

Luego la busqué en su casa. Estaba ahí tirada. La noté famélica y débil, llena de su usual temor y con sus ojos rojos como cuando uno llora todo el día.

-¡Irene! ¡Mi Irene! ¡¿Qué te ocurre?!, le decía mientras acariciaba su oscuro cabello.

-¡Ha tomado esta parte! ¡Te lo dije que pasaría! ¡Te lo dije! (lo gritaba agarrándose su seno izquierdo) De ahora en adelante no beberé más café. ¡Escúchame bien! No lo beberé ¡He dicho!

Jamás le pregunté por qué. Solía aceptar sus decisiones sin cuestionarla al respecto. Eso sí. En ningún momento dejamos de frecuentar el *Expreso Gourmet*, digamos que porque aparte de que era nuestro sitio favorito, nos atendían de las mil maravillas, sin pasar inadvertidos como en los demás restaurantes de la plaza. Indudablemente, éramos los clientes preferidos del lugar, por no decir los únicos. Tal vez, porque la gente de por aquí no suele tomar mucho café o qué sé yo. Claro, después de su extraña decisión, Irene pedía leche de soya sola, y como de costumbre, don Pepe la seguía complaciendo. Y no es para menos. Quién no ha de querer consentirla, si esa dama es un ángel. No molesta en lo absoluto. Su único defecto es ese miedo del que no se desprende. Pero por lo demás, es diferente a las otras mujeres, que si las contradices, te quieren tragar vivo, pero si las apoyas, te reclaman que no tienes criterio propio. Si no les dices nada sobre su nuevo look, se enojan, pero si las halagas, entonces, sólo te importa su físico. Si no las ayudas con algo, sólo piensas en ti mismo, sin embargo, si lo haces, significa que no confías en su capacidad. ¡Por Dios! Nadie las entiende. Definitivamente que no.

Algunos días entre semana, luego que salíamos de la plaza, visitábamos el jardín *L'ététernité*. Irene adoraba el lugar, porque podía escarbar hoyos para los topos en la arena movediza y ver crecer margaritas en los robles y abetos plantados en potes de agua salada. Solía esconderse de ella misma entre las flores (¡y vaya que eran millones!) Yo disfrutaba observándola y más cuando se zambullía en el lago. Era asombroso cómo podía bucear y salir intacta con tantas pirañas ahí. Es como si no se enteraran que Irene les hacía compañía. ¡Y eso que daba fuertes chapuzones!

Sin duda, era como estar en el paraíso. La pasábamos de maravilla, principalmente porque en *L'ététernité* era el único sitio donde Irene era completamente feliz. Tanto, que hasta había hecho planes de mudarse. Indiscutiblemente, una buena decisión. Seguramente, yo pronto op-

taría por lo mismo y con los ojos cerrados.

A mi parecer, Irene y yo llevábamos una vida bastante normal. Pero ese día, todo fue diferente. Recuerdo que fuimos a la plaza. La noté nerviosa y angustiada, mucho más que de costumbre. En esas ocasiones, solía conservar mi arraigado mutismo y consolarla, sin intentar descubrir la génesis de su maldita paranoia. Pero esa vez, la sentí peor que nunca, no pude contenerme y le exigí a gritos que me dijera de una vez por todas lo de su problema. Se exasperó como jamás lo había hecho y ahogada en llanto, rompió al fin el secreto que la perturbaba.

-¡Cáaaaaanceeeeeer! ¡Cáaaaaaaanceeeeeer! ¡No lo entiendes! Ha tomado todo de mí ¡Cáaaaanceeeeeer! ¡Cáaaaaanceeeeeer! ¡Cáaaaaanceeeeeer! ¡¿Es que no te has dado cuenta!? ¡Maldito cáncer! ¡Maldito sea!

¡Por Dios! Nunca antes la había visto así, vociferando desesperada, con miles de hebras entre las manos y con su cuero cabelludo destilando sangre.

Sí. Fue hasta ese día en que al fin comprendí esa obsesión implacable que la destruía sin piedad, y en ese instante, supe que la decisión de mudarnos tenía que ser pronta y definitiva.

La abracé fuerte. Más fuerte de lo usual, susurrándole al oído:

-¡Tranquila, Irene! Mi Irene y la de Cortázar. Ya pronto vas a estar en paz. Te lo juro, por lo que tú más quieras.

Entonces me sonrió complacida. Lucía desahogada y feliz, como cuando alguien te cree algo que parece imposible. Súbitamente, se esfumó de mis brazos, veloz. Mucho más veloz que las palomas de la plaza. Y salió corriendo libre y alborozada, mientras se deshacía de sus atuendos, sin pudor alguno. Bruscamente introdujo la mano profundamente en su vagina, moviéndola en todas direcciones, hasta arrancarse el útero y los ovarios, justificándose que era para que el cáncer no le tomara esa parte, porque su sueño era tener hijos sin complicaciones. De inmediato los guardó en su bolso y me pidió con ansias que fuéramos al jardín.

Irene brillaba como nunca antes. Quizá por haber descargado conmigo el trauma de su enfermedad ilusoria, o seguramente porque jura que estoy convencido que es Irene la de Cortázar. O tal vez, porque presentía que pronto nos mudaríamos del todo a *L'ététernité*. La verdad, la causa de su euforia ya no importaba. Era feliz y eso era suficiente para mi sosiego. Aunque ni tanto, porque moría de vergüenza al verla desnuda en plena plaza, con tanta gente entrando y saliendo de cada tienda; de cada restaurante.

Lo bueno, era que Irene y yo siempre pasábamos inadvertidos...

Nació en 1984. Publicó **Punto final** (cuentos; 2005).